

## Balance de la Sociología tras la globalización Balance of Sociology beyond the globalization

Antonio Sánchez Bayón

ISEMCO-URJC y Univ. Bernardo OHiggins - España

a.sanchez@isemco.eu

### Resumen

Este estudio crítico e histórico-comparado, mediante análisis de revelación, refutación y validación, pretende la realización de un balance del conocimiento disponible sobre la compleja y voluble realidad social tras la globalización. Se clarifica qué se entiende por Sociología y su relación con áreas afines (v.g. Estudios culturales), además de evaluarse su capacidad para seguir exponiendo y explicando las sociedades modernas occidentales.

**Palabras clave:** *Sociología; sociedades modernas occidentales; estudios culturales; postglobalización; velos de confusión posmodernos.*

### Abstract

This is a critical and historical-comparative study, by analysis of revelation, refutation and validation; it tries to realize a balance of available knowledge about the complex and fickle social reality after globalization. It clarifies what does Sociology mean and its relationship with closed areas (v.g. Cultural Studies), in addition to assessing its ability to continue exposing and explaining Western modern societies.

**Keywords:** *Sociology; western modern societies; Cultural studies; postglobalization, postmodern veils of confusion.*

### Introducción

Un adagio popular, afirma que “más que cosechar certezas, hoy hay que sembrar dudas”. Esta máxima fue puesta en boga por los “profetas de la globalización” (Bell, Bellah, Berger, Capra, Eco, Harris, Luckmann, Watts, Wilber, et al). Todo ellos fueron renovadores de la Sociología, la Antropología y los Estudios culturales (como pasara con los decimonónicos *teóricos de la sospecha* y el nacimiento de las ciencias citadas), allá por los años 60 del s. XX (durante las *guerras culturales*). Su visión partía de la premisa crítica de las *escuelas neomarxistas* de entonces (v.g. Frankfurt, Normal-Annales, Birmingham –llegadas a los EE.UU. con la *fuga de cerebros* de la II Guerra Mundial y Guerra fría). Enseguida su crítica divergió, pues los citados autores no auguraban el conflicto ni la alienación social, sino que invitaban a repensar el mundo y su mejora (en términos de coherencia y solidaridad expansible a la humanidad en su conjunto). Mientras, los Estudios culturales sobrevenidos (o poscoloniales) sí se mantuvieron en la intensificación del “hecho diferencial” y su conflicto subyacente. Lamentablemente, el influjo de los anteriores en la universidad resultó menor (al tender más a la creatividad y libre pensamiento), pues no se preocuparon de su organización como grupo de presión en la política universitaria (tal como sí hicieron los neomarxistas, más tarde estructuralistas y finalmente posmodernos: los Estudios culturales sobrevenidos, poscoloniales y de la otredad, de sexo y género, étnico-culturales,

tecnólogos, et al.). Más de medio siglo después, una vez materializada y completada la globalización, y para transitar al nuevo ciclo histórico, con sus cambios socio-culturales, se recoge el legado de aquellos pioneros, que fueron hasta la frontera del conocimiento disponible e invitaron a otros a percibir y gestionar los primeros cambios de una realidad social en transformación. *Ergo*, este no es un estudio dogmático (ni de pensamiento acabado ni único), ni cuantitativista (no hay culto al número, y se tiene claro que antes de medir, hay que conocer – pues las matemáticas sólo proporcionan plausibilidad, no sustanciabilidad), ni siquiera es revolucionaria (salvo en el sentido clásico, o sea, copernicano: de vuelta a los planteamientos anteriores a su desviación); se trata de una guía sociológica de ayuda, para tomar conciencia del mundo en el que se vive. Se espera así poder mostrar una acrisolada realidad social (tan diversa, compleja y voluble), que se interconecta globalmente, aunque opera localmente, tanto en un plano tangible como virtual. De tal manera, es posible reflexionar críticamente porqué los sociólogos de la globalización (Bauman, Beck, Kosko, Sennett, Souza, et al.) calificaron las sociedades occidentales de *riesgo, líquidas, difusas, corrosivas*, etc., antojándose *ultramodernas Babeles*, cuyas normas e instituciones coexisten, no sin cierto grado de confusión (unas en extinción, otras trasplantadas, algunas sincretizadas, bastantes híbridadas, y las restantes están emergiendo). Tal es el nivel de dinamismo de la realidad social en curso (cohabitando lo tradicional con lo moderno y lo utópico, más las fuerzas y factores sociales centrífugos con los centrípetos, etc.), que urge una revisión de guías y mapas disponibles tras la globalización y todas sus crisis aparejadas.

Resulta que, paradójicamente, ahora que más se necesita la Sociología, para reflexionar críticamente las transformaciones socio-culturales en curso, resulta que dicha ciencia social está viviendo una etapa difícil: casi *murió de éxito* a finales del s. XX (pues casi todo se explicaba en términos sociológicos y cualquiera se consideraba sociólogo), además de sucumbirse a modas, buscándose la emulación de las CC. Naturales e Ingenierías (por lo que se redujo al análisis de causalidad – sin intencionalidad –, y al citado cuantitativismo – sin apenas teoría social). En consecuencia, se entenderá que desde esta obra se recupere la teoría social, entendida como un conjunto de propuestas guía para conducirse por la vasta realidad social en evolución.

En cuanto a la lógica seguida (y así plasmada en la estructura y contenidos de este estudio), primero se acomete un balance del conocimiento disponible, clarificando qué se entiende por Sociología y su relación con ciencias afines. Seguidamente, se ofrece una (re)evaluación de conjunto (sin nombres propios, sino como una genérica teoría social en desarrollo), aplicándose a lo que se ha venido entendiendo por *sociedad moderna occidental*, máxime en el marco bien delimitado del Estado-nación, su producción industrial y su conocimiento sociológico

dominante hasta la globalización. Con tales mimbres se pretende afrontar los problemas y retos de las crisis globalizatorias y del tránsito posglobalizatorio (adentrándose en el *TecnoEvo*), articulándose para el caso una teoría social conectada a los Estudios culturales (y demás disciplinas y ciencias conexas), favoreciéndose así el análisis de relaciones intergeneracionales y factores idiosincrásicos, más el empleo de recursos mixtos y heterodoxos (como un manifiesto). Y es que, el nuevo ciclo histórico-social que se ha iniciado (con la posglobalización), requiere de alguna teoría social que lo haga inteligible, de modo que se favorezca la aproximación a la anhelada *sociedad del conocimiento*; de otro modo (dada la falta de pensamiento – por mera cuantificación de datos, la extensión de velos de confusión, la fatuidad de los simulacros discursivos, etc.-), se agravaría así la deriva en ciernes de la *sociedad masa global de consumo* (con sus riesgos de entropía y/o armagedón). Ya se verá, pero se van realizando propuestas como la *Tecnoevología* (Valero-Matas y Sánchez-Bayón, 2018).

Se espera con esta obra (de indagación sobre la autenticidad: del ser consciente y su realidad), el revitalizar la aparentemente dormida inquietud humana y su reflexión crítica, para aprender a identificar y manejar el conocimiento social del que se dispone, aplicándolo a la percepción y gestión del acelerado crisol de la realidad social de la que se forma parte. El *quid* diferencial de la teoría social (que aquí se maneja) está no sólo en la actualización del principal pensamiento social acaecido, sino en la aclaración que se pretende del conjunto de sociedades occidentales de comienzo de la globalización (con sus problemáticas sobre la convivencia de las migraciones y la multiculturalidad, el impacto tecnológico y sus transformaciones socio-culturales, etc.), para ofrecer también un diagnóstico y pronóstico de la realidad social posglobalizada en curso (con sus problemas generacionales e idiosincrásicos, de inseguridad e incertidumbre, etc.). Y todo ello, justo en el *punto crucial y de no retorno* que es la salida de la globalización y el adentramiento en la posglobalización (con su *TecnoEvo*): una correcta y válida teoría social (con un esforzado y coherente pensamiento, sólidamente fundamentado en la realidad, la racionalidad, la autenticidad, etc.), bien puede marcar la diferencia (sobre todo, frente al *no-pensamiento social* actual, dada la continuidad de los contradictorios y apasionados discursos replicantes en circulación hoy en día, con sus modas correspondientes). Tal ejercicio de reflexión crítica (en sentido humanista, de descubrimiento de los límites del conocimiento disponible y auténtico, aplicado a la variopinta realidad social), resulta hoy más urgente y necesario que nunca, pues no sólo enriquece a la persona que lo lleva a cabo, sino que le vuelve valioso para la sociedad de la que forme parte, al poder exponerla y explicarla a los demás.

## Revisión sociológica de la industrialización a la globalización

### Fundamentos: memoria académica de la Sociología

Se califica de *fundamental* a aquel grupo reducido y esencial de aportes, que sirven para cimentar y operar como muros de carga del edificio intelectual que se erige. En lo tocante a la *Sociología* (como complejo concepto tridimensional), aunque se presentan aquí de manera sintética casi todas sus dimensiones (analíticas –basadas en la razón-, empíricas –según la experiencia real-, experimentales –vía reproducción condicionada-, etc.), se termina concentrando el esfuerzo expositivo y explicativo en su teoría social y sus categorías propias, para evitar entre otras cosas, “el hablar de prestado”: no se pretende realizar un mero compendio de las principales aportaciones de los sociólogos más sobresalientes de cada época y las corrientes de pensamiento social dominantes, pues entonces se estaría caminando con “muletas intelectuales”. Más bien, se invita a reflexionar críticamente (no como mera contestación a planteamientos – que a veces sí -, sino como indagación acerca de la autenticidad del conocimiento disponible, cuestionando su sentido y alcance, llegando hasta sus límites). De tal manera, resulta factible el recuperar los fundamentos de la teoría social, permitiéndose así el pensar por sí mismo la realidad social, sus manifestaciones, sus problemas, etc.

Dado que la Sociología estuvo a punto de *morir de éxito* (todo lo comprendía y cualquiera se pronunciaba en dichos términos), lo primero que se afronta aquí es su indagación científico-académica, para saber distinguir su conocimiento propio de otros afines (sobre todo de Antropología y Estudios culturales), así como de otras CC. Sociales complementarias (v.g. Psicología y Comunicación, Política y Relaciones Internacionales, Economía y Empresa) y/o Humanidades (v.g. Filosofía social –jurídica, política y moral-, Historia social – anteriores, más económica-, Geografía, Filología). En consecuencia, se revisa a continuación su *memoria académica* (se llamaba así al ejercicio para lograr la posición de profesor universitario), procurando recuperar fundamentos, retirar velos de confusión, además de facilitar su adaptación a las necesidades actuales.

### Prolegómenos de Sociología: qué se conoce, cómo se hace y para qué sirve

Resulta que, *cuestionarse el mundo en que se vive resulta un sano ejercicio de humanidad*. Así se ha recomendado desde la Antigüedad griega: el hombre se halla entre las bestias (no saben) y los dioses (lo saben todo); *ergo*, según se pregunte por sí mismo y su medio, más se acercará a los dioses (en caso contrario, a las bestias). Aquel que se hacía preguntas, maduraba y se convertía en *polítés* o ciudadano (hombre pleno y feliz, a quien se le podían encargar los asuntos públicos), mientras que el que no, resultaba un *ideón* o idiota (un semi-hombre, por no ser capaz de hacerse

cargo ni de sí mismo). Algo parecido se sostiene desde la *tradicón occidental sagrada o judeocristiana*, postulándose que al ser hijos de Dios se tiende a Él: *emeth*, en hebreo antiguo es *conocimiento de vida*, y para ello se dispone de unos talentos de los que se rendirá cuentas en el *Juicio Final*. En consecuencia, quien no se cuestione y busque se habrá condenado: *meth* o *ignorancia mortal* es la condena de no conocer a Dios. De ahí la labor tan importante de la Filosofía en Occidente, favoreciendo el camino de búsqueda de conocimiento (aportándose las herramientas de la crítica e indagación de autenticidad), además de servir para conectar las diversas ciencias existentes (llamándola, según sus disciplinas académicas, *teoría* o *pensamiento*). Ahora bien, desde el s. XIX, con la eclosión de las ideologías, se viene renunciando a la Filosofía y demás Humanidades, causando un deterioro cultural, que pone en riesgo la consecución de la *sociedad del conocimiento* (SC). Prueba de ello es la generalización de expresiones (para calificar nuestras sociedades) del tipo: *líquidas, difusas, de riesgo*, etc. Por tanto, existe un problema (global), que aquí se va a centrar en el intento de volver inteligibles las distorsionadas relaciones entre esferas sociales, culturas, generaciones, etc., sacándolas del reduccionismo cuantitativo del cientificismo y demás *velos*, para recuperar el humanismo que inspirara el tránsito a la Modernidad (por si análogamente sirviera para el tránsito posglobalizadorio).

Para ilustrar el cuestionamiento pretendido, sirva un ejemplo cotidiano, que acontece cada nuevo curso en las aulas universitarias: parece ser que hay una correlación inversa en la universidad, pues donde se debería estimular la búsqueda del conocimiento, resulta que se está fomentando el desarrollo de la inteligencia artificial de las máquinas, en detrimento del cuestionamiento humano, que queda limitado a los interrogantes mecánicos y condicionantes de respuestas binarias (como el lenguaje de los ordenadores): *si o no* – es lo propio del mero posicionamiento emocional, carente del esfuerzo para el desarrollo de visión autónoma, bien argumentada y evidenciada-. Ahora bien, volviendo a los interrogantes y el arte de preguntar que debería cultivarse en la universidad, es necesario recordar que existen muchos tipos de preguntas: aquellas inapropiadas (¿qué edad tienes?), absurdas (¿cuánto me quieres?), faltas de atención (¿ya estás aquí?), ridículas (¿crees que nos mojaremos si llueve?), vanas (¿cuál es tu color favorito?), fútiles (¿hará calor mañana?), etc. Con todo, es necesario recordar que existen otro tipo de cuestiones a las que no terminamos de responder y a las que volvemos una y otra vez, como aquellas que aún nos resultan desconcertantes: qué es el bien, la belleza, el éxito, el beneficio, la felicidad, la justicia, el poder, la libertad, *et al.* Al afectar a la naturaleza humana y social, alcanzan la condición de preguntas trascendentales, por lo que no resulta preocupante que aún hoy no se sepa la respuesta (correcta y definitiva), resultando necesaria su revisión periódica (por cada generación, por lo menos). Lo que sí ha de preocupar – y bastante- es que

en la actualidad, dichas inquisiciones se conciben como impertinentes: ¿cómo se va a preguntar a alguien por cuestiones compartidas (relativas a esferas e instituciones sociales) tales como la religión o la política? Más aún, han sido convertidas hoy en tabúes, pese a resultar dos de las más importantes esferas sociales, de donde emanan buena parte de las normas e instituciones sociales. Hay quien va más allá y considera incluso algo inapropiado, absurdo, ridículo, y demás calificativos que justifican el hecho de que nadie ha de ser preguntado por algo así... y por su cabeza ni siquiera se plantea el interrogante de por qué y cómo se ha producido semejante autolimitación (se ha perdido la capacidad reflexiva, crítica y sensata), así como tal autocensura (hay temas que es mejor no tratarlos). Alguno habrá que atisbe la *punta del iceberg* y argumente que dicha *espiral de silencio* es fruto del respeto a la libertad e intimidad individual, pero ¿desde cuándo se denomina así a la falta de conocimiento, voluntad y responsabilidad? No es algo propio del hombre, sino impuesto por el *sistema* – quizá para evitar que se vuelva contra sí y que se busquen nuevas alternativas-. Y es que, cuando consulto entre mis colegas –aquellos compañeros igualmente preocupados, no sólo de la formación (el entrenamiento en habilidades y destrezas), sino también de la educación (el aprendizaje reflexivo y autónomo) y la instrucción (el legado cognitivo recibido, que hay que mejorar y transmitir) -, hay coincidencia en que, hoy (más que nunca), el *hombre de conocimiento* (científico y cultural), está llamado a *sembrar interrogantes antes que a cosechar certezas*. En un mundo en el que hay una sobresaturación informativa, la gente se vuelve insensible y tiende a la masificación homogeneizadora (a la baja), por lo que resulta fundamental agitar conciencias. Una buena manera de hacerlo es recuperando el método socrático: la *mayéutica*. A través de la exposición en forma de interrogantes (no por desconocimiento de la materia -más bien al contrario-, sino por deseo de hacer partícipe al interlocutor del proceso de aprendizaje, sin suplantarle en la reflexión), se pretende así vigorizar el ánimo crítico, tan necesario en la actualidad, para saber lidiar con todos los cambios en marcha.

Luego, lo habitual es partir de la *metapregunta*: ¿cómo preguntar?; o sea, ¿cómo (re)conectar la capacidad de cuestionamiento, que conduzca al despertar del dormido *escepticismo* -propio de nuestra dignidad humana y su madurez-, del que hace tiempo no hacemos gala, conllevando una continuada pérdida de individualidad (racional) y la conversión en masa del sistema de consumo en el que moramos –de manera tan caduca-. Y es que, el despertar del escepticismo, permite recuperar el poder de la pregunta y entrenarse en la autoridad. Decían los romanos: *pregunta el que puede y responde el que sabe*. Con el escepticismo, se aprende a preguntar, pues se recupera así el entrenamiento -casi olvidado- en la *epojé* o suspensión del juicio (para evitar reproducir la violencia simbólica, la corrección política, y demás velos), hasta acometer el análisis *equitativo*,

consistente en una reflexión crítica y sensata, para sopesar los extremos, permitiendo reevaluar los hechos y sus fundamentos (tanto sus argumentos como sus evidencias), y recuperándose a la postre, el disfrute en el conocimiento, con todos sus aportes en nuestro perfeccionamiento humano y contribución al bien común (Sánchez-Bayón 2010, 12, 13 y 16). De este modo – se insiste –, cabe descubrir por qué, cómo y a quién interesa que las preguntas trascendentales se hayan vuelto impertinentes en la actualidad: ¿por qué preguntarse por la religión es considerado infantil?; ¿por qué cuando se consulta por la política se responde con posicionamientos ideológicos partidistas?; ¿por qué el derecho ya no guarda relación con la justicia y sí, en cambio, se ha visto reducido a pura regulación (casi como un instrumento de las élites para la ingeniería social)? Estas y otras muchas preguntas son abordadas aquí, para la toma de conciencia de los problemas y las posibles soluciones, relativas a uno mismo y al medio (natural y social, incluso virtual). En definitiva, se pretende a través del cuestionamiento (de fundamentos y aplicaciones), que aflore el sentido, alcance y límites de la teoría social posglobalizatoria buscada (con ayuda, entre otras vías, del *humanismo hispánico* y su *ethos*).

A comienzos de la globalización –como se viene señalando– la Sociología estuvo a punto de *morir de éxito*, pues como si de una moda se tratase, cualquiera se consideraba sociólogo y/o se pronunciaba en dichos términos –eso sí, apostillándose con estadísticas de resultado dudoso, incluso inexistente–. Y es que ni la Sociología puede alcanzar a comprender todo, ni es monopolio de los sociólogos, y menos aún se sostiene únicamente mediante datos de comportamientos o apreciaciones colectivas. Se recurrió entonces a la Sociología para explicar los ricos y variados cambios en curso, de modo que transmitiera alguna seguridad entre tanta incertidumbre. En realidad, hubiera bastado con algo más sencillo – e intelectualmente más honrado–: volver a sorprenderse con el mundo en el que uno vive (redescubrirlo al suspender el juicio), cuestionándolo (al preguntarse por sus partes, sus relaciones y por el conjunto) y favorecer la toma de conciencia, tanto de sí mismo (reflexionando de manera auténtica y con un pensamiento propio) como del medio social en el que se desenvuelve (cuestionándose cómo funciona el sistema, cuál es su papel en el mismo, etc.). El ejercitar la capacidad de asombro es esencial, para no partir de condicionamientos ni dar por sentado nada, pues todo es cuestionable, y ha de ser revisado y reformulado, con respecto a los tiempos que corren y sus transformaciones. Se encontrarán trabas (para asombrarse, cuestionarse y reflexionarse por y para sí y los demás), como la negación actual de apoyos tan elementales como la noción de realidad, racionalidad, sociabilidad, etc., por lo que resulta preferible el fijar unas expectativas más básicas y realizables: antes de jugar a aprendiz de sociólogo (con un conocimiento y métodos que bien podrían ponerse en duda), baste por ahora con ser una persona en busca de

una teoría social que le permita comprender su medio social y su papel en el mismo. Para ello no sólo se cuenta con herramientas como las ya citadas (v.g. *epojé*, *mayéutica*, *crítica*), sino también con la brújula de las *virtudes cardinales* (fortaleza, templanza, sabiduría y justicia), así como otros recursos, consejos y claves que se irán ofreciendo. Aquí se inicia el viaje para descubrir la *realidad social posglobalizada* y su teoría inteligible, empecemos por redescubrir qué llevamos en la alforja y cuál es el camino a recorrer.

### **De dónde venimos: *quo vadis societas-logos***

¿A dónde va la Sociología? Más aún, ¿qué queda hoy de la Sociología? ¿Cuáles son sus conceptos básicos y aún válidos en la actualidad? Dado el triunfo de velos científicistas, como el cuantitativismo, que reduce todo a la mera medición (como si de un potente automóvil todoterreno y sin volante se tratase), ¿se recuerda acaso la complejidad teórica que subyace bajo la voz *Sociología*?

Se trata de un neologismo decimonónico, surgido de la combinación impropia de una raíz latina (*societas-societatis*) y otra griega (*logos-logoi*), para expresar la necesidad de un nuevo conocimiento aplicado a las abundantes y significativas transformaciones sociales en curso en Occidente. Téngase en cuenta que el s. XIX, tanto europeos como estadounidenses están viviendo grandes revoluciones domésticas (v.g. una segunda revolución energética, industrial y urbana), además de afrontar una expansión colonial exterior (encontrándose con otros pueblos). De ahí la urgencia de un conocimiento que permita su propia comprensión (la Sociología), y la de los otros pueblos (la Antropología). Ahora bien, en tal proceso efervescente, coexisten diversas voces similares, como *socialismo* (filosofía política centro-europea, preocupada por el deber ser de la nueva organización social y que Marx y Engels redujeron a ideología del proletariado), *socialidad* (relativa a las experiencias de las nuevas reglas e instituciones sociales implantadoras del Nuevo Régimen), *socionomía* (leyes sociales que rigen el progreso de las modernas sociedades occidentales, como si de una ciencia natural se tratara), etc. Así se entienden las confusiones del periodo fundacional: Comte pretendiendo la fijación del neologismo *socio-logia* en su *Curso de Filosofía Positiva* (1838); Marx y Engels hablando del socialismo auténtico en su *Manifiesto comunista* (1848); Durkheim usando como sinónimos socialismo y sociología en su tesis sobre *La división del trabajo social* (1893) y su obra posterior *Las reglas del método sociológico* (1895); Sombart y su militancia socialista, que no marxista, oponiéndose al comunismo y simpatizando con el *nazional-socialismo*, publicando mientras su clásico *¿Por qué no hay socialismo en los Estados Unidos?* (1906); y Weber (maestro de Schmitt, amigo de Sombart y de otros tantos llamados entonces “socialistas de cátedra”), resulta el más confuso de todos,

tanto biográfica como intelectualmente (v.g. de raíces liberales, intenta combinar socialdemocracia y democristianismo, oponiéndose al comunismo, pero facilitando en su borrador de la Constitución de Weimar el acceso de los *nazional-socialistas*); llega a reconocer con resignación en el último año de su vida (1920), en una carta a Liefmann (un economista conocido suyo).

Un dato curioso sobre el cultivo de la Sociología es que, como se ha podido apreciar entre los apellidos de los autores citados, en su mayoría son anglosajones y nórdicos (incluidos los centroeuropeos, y entre estos los franceses – sólo declarados latinos para influir en América-, por haber sido *normalizados* –proceso de asimilación nacional- desde los parámetros de París y para aglutinar las disputadas regiones de Alsacia y Lorena – de donde era Durkheim). Ello se debe a que son los más expuestos a los grandes cambios de la Modernidad tardía (de ahí su dominio de la Contemporaneidad), y las grandes transformaciones sociales del rígido e inamovible feudalismo agrario a las dinámicas sociedades modernas industrializadas y urbanas (tal como pretende Weber en su falaz ensayo *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*). En cambio, los mediterráneos y latinoamericanos no requieren tanto de la Sociología, pues disponen de la gran herencia del *humanismo hispánico*, cimiento del pensamiento moderno (el de los descubrimientos y la búsqueda de fama y fortuna, la crematística, el tiranicidio, etc.), estudiado hasta principios del s. XX en los Departamentos de Filosofía y Letras de las más prestigiosas universidades occidentales: ¿acaso el *Quijote* (Cervantes, 1605 y 15) la mayor obra sociológica de la Alta Modernidad? (con descripciones sociales: hábitos, roles, status, estereotipos, etc.). Incluso, ¿no podría considerarse como una de las primeras obras del humanismo hispánico y su pensamiento proto-sociológico la obra *La Celestina* (De Rojas, 1499)? (sobre la corrupción social y preñada de refranes y correas).

Téngase en cuenta que la concepción de la sociedad moderna occidental que se va a imponer va a ser la de los neocivilizados, de transición tardía, pero más acelerada y acabada, del campo y la agricultura a la ciudad y los servicios, de la artesanía y los gremios a la industria y el libre comercio, del economato local a la economía de mercado a escala, de la servidumbre a la ciudadanía, etc. En definitiva, el tránsito de sociedades feudales, rígidas, cerradas y mecánicas (que apenas han variado desde el Medioevo) a las modernas, dúctiles, abiertas y orgánicas. Así se va a estudiar por la Sociología impulsada por los neocivilizados (máxime desde los flamantes Departamentos estadounidenses). Los antecedentes de cursos de Sociología se los disputan buena parte de las universidades del *Ivy League* (aunque en realidad aún se trataba de Filosofía social). El primer Departamento específico y estable de Sociología arranca en el curso 1891-92 en la Univ. Chicago (dado el interés por la ecología social en las emergentes megalópolis de

entonces), a cargo de A.W. Small (1854-1926), quien tres cursos después funda la revista *American Journal of Sociology*. Continúan dicha trayectoria sociólogos tan destacados como G.H. Mead y C.H. Cooley, cultivando el interaccionismo simbólico, así como las bases de la Psicología (aunque ya hubiera antecedentes como el *Club Metafísico de Harvard*). Ahora bien, el *boom* de los Departamentos de Sociología no llega hasta después de la II Guerra Mundial, en los cuales se trasplantan los herederos de *Escuela de Frankfurt, Normal-Annales, Birmingham*, etc., y aquellos que son altamente ideológicos (nacionalsocialistas, reinterpretados como etnoculturalistas), se desarrollan en los Estudios culturales sobrevenidos. Ahora bien, aclarada la emergencia de los estudios de Sociología en EE.UU., al declinar estos y su modelo sociocultural, también ha entrado en crisis la propia categoría de sociedad moderna occidental, criticándose demoledoramente desde dentro por su academia posmoderna, y desde fuera, postulándose modelos socioculturales no-occidentales como alternativas mejores –aunque no sean ni una cosa ni la otra: en realidad son anti-occidentales, al haber sido inoculados de nacionalsocialismo o etnoculturalismo (desdibujando los planteamientos tradicionales: no es lo mismo Islam que islamismo, ni pueblo indígena que indigenismo, etc.), ni son alternativa mejor, pues dependen de su oposición a Occidente-.

En cualquier caso – pues ya se ahondará más adelante –, la dialéctica bárbaro-civilizado resulta clave para comprender – al menos - la legitimidad, la validez y la eficacia, para imponer un modelo sociocultural de progreso líder en Occidente. Ahora bien, se insiste en que si decae dicho liderazgo, también se tambalea su modelo sociocultural, con su producción dominante hasta entonces (como ha pasado con otras potencias e imperios a lo largo de la Historia occidental). La particularidad de esta época que agoniza – y que hacía tiempo no acontecía-, es la falta de imperios fuertes (si acaso el liderazgo y *poder-blando* estadounidense), así como la falta de existencia de un relevo (según el *espíritu de San Francisco*, deberían ser las organizaciones internacionales, pero aún no ha llegado su momento). Las alternativas no-occidentales, como se ha indicado, del tipo islamismo y/o indigenismo, tampoco son viables por haber sido tamizadas por velos de confusión en los procesos de descolonización durante las guerras culturales (están inoculadas de la tendencia conflictiva del nacionalsocialismo o etnoculturalismo promovido por los Estudios culturales sobrevenidos).

De vuelta al neologismo de la *Sociología*, entonces, qué se esconde tras ese confuso y multidimensional término (impulsado sobre todo por anglosajones y nórdicos para hacer inteligibles los cambios sociales de su acelerado tránsito a la Baja Modernidad o Contemporaneidad y su alta movilidad social):

- a) Dimensión objetiva: relativa a tres aspectos interrelacionados, como son la *realidad social*

(con sus esferas y factores, o sus estructuras y dinámicas) y su producción correspondiente (su capital simbólico y cognitivo, su manera de ser, estar y tener en el mundo, etc.); la *ciencia social* (sus teorías, métodos y formas de percepción y gestión, tanto gnoseológicas –intuitivas- como epistemológicas – sistematizadas -, más las disciplinas universitarias con sus asignaturas); y la *literatura científico-académica* (las investigaciones realizadas por sus especialistas, conforme a los aspectos anteriores, dando lugar a la doctrina).

b) Dimensión subjetiva: relativa a la facultad humana de *sociabilidad*, que desde los griegos clásicos y su *zoon politikon zun logos*, se sabe que comprende la racionalidad, la política y la comunicación. Esto es, la inteligencia es lo que favorece que los humanos se unan y creen comunidades, no para sobrevivir, sino para prosperar; y para que dicha convivencia sea sostenible se requiere de normas e instituciones, cuyas herramientas clave son la comunicación (la interacción con otros) y la política (la organización del poder). Igualmente, la dimensión subjetiva comprende la *solidaridad* o proyecto común, cuestión fomentada por la sociabilidad (según su percepción y gestión, para orientar la comunidad constituida).

c) Dimensión normativa: como sistema de producción socio-cultural, mediante el que socializa a sus integrantes, y se permite a los mismos la modificación del propio sistema, según gustos, urgencias y necesidades. *Ergo* no se trata de un sistema acabado y cerrado, sino en evolución, como el propio objeto de su estudio – de ahí que se prefiera poner en cuarentena cualquier doctrina sociológica actual, prefiriéndose una mera teoría al respecto.

En consecuencia, ¿cuáles son los conceptos sociológicos, conforme a la multidimensionalidad planteada y que podrían usarse para una teoría social de la posglobalización? Se alude a las *nociones circulares*, ya planteadas algunas (destacadas en cursiva y con algún acrónimo o sigla), a revisar y refinar a lo largo del texto (según los matices, aristas y contextos), y otras irán surgiendo a medida que se vayan necesitando para hacer inteligible la realidad social y su teoría expositiva y explicativa. Estos constructos son: *Occidente y progreso*, que implica *relaciones culturales y generacionales*, con especial atención a la dialéctica *bárbaros-civilizados*; también *Modernidad y Nuevo Régimen*, junto con *humanismo hispánico e iberoamericano*, más *sociedades occidentales modernas*; sin olvidar *problema y paradigma, globalización, crisis y posmodernidad, velos de confusión posmodernos, guerras culturales y Estudios culturales, mundo posglobalizado*, et al. Y ¿cómo encajan todas estas piezas y qué sentido social ofrecen?

Resulta que vivimos una época de crisis e incertidumbres, debidas al tránsito entre una época agonizante y otra emergente (del Estado-nación y sus rigideces a la aldea-global y su flexibilidad). Ahora bien, el vértigo se ha intensificado por los velos de confusión extendidos intencionalmente (durante las guerras culturales de finales del s. XX por los Estudios culturales

sobrevvenidos), poniéndose en jaque casi todo (dejándose sin paradigmas y problematizándolo todo), salvo la pulsión destructiva del sistema que es la nave social en la que viajamos. Tanto es así, que se ha deconstruido Occidente y su supuesto progreso. Luego, ¿qué es lo que queda? Baste recordar –por ahora-, que Occidente surge en oposición a Oriente: significa etimológicamente poniente u ocaso, pues si el despertar está en levante (con su comunitarismo y ciclicidad oriental), el desarrollo se halla en Occidente, donde se cree en un plan de progreso (una expectativa de mejora y bienestar para cada cual). Por tanto, es inherente a Occidente tanto las crisis como las transiciones (las globalizaciones del pasado, por ejemplo, han sido los descubrimientos de otros continentes), y las mismas, a la postre, han quedado integradas en el devenir occidental. Entonces, ¿qué ha sido diferente esta vez? Mientras que en el pasado se ha luchado por influir sobre el *ser occidental* (en su visión y misión de progreso, con su racionalidad y realismo para materializar sociedades modernas y de bienestar), lo que ha ocurrido esta vez es que se ha intentado negar el mismo Occidente, procurando además dejar sin herramientas para reconducir la deriva. Así se intentó con las ideologías decimonónicas y sus guerras mundiales durante el s. XX, intensificándose luego con las citadas guerras culturales, sus velos y el respaldo de los Estudios culturales sobrevenidos. En consecuencia, dada la confusión vigente, es prioritario el acometer una *revolución copernicana*, que permita volver a los planteamientos previos a la desviación. Para entender el origen de tal desviación, que en lo social ha supuesto negar las *sociedades occidentales modernas* (conforme a la Modernidad y su Nuevo Régimen), resulta crucial el reevaluar las relaciones culturales y generacionales conforme a la *dialéctica bárbaro-civilizado*. La clave al respecto está en el origen mismo de Occidente: su cuna es el Mediterráneo (*Mare nostrum*), donde surge su tradición profana (grecorromana) y sagrada (judeocristiana), dando lugar a la *ecúmene* o mundo conocido y civilizado (donde florece la cultura y las generaciones impulsan el progreso), frente a los extraños (incluso los *foedi* o pueblos federados, responsables de la fronteras –para impedir que otros más salvajes llegaran-, a los que la cultura sólo alcanzó superficialmente). Así surge la dialéctica de civilizados (mediterráneos) y bárbaros (anglosajones y nórdicos –incluidos los centro-europeos, vistos como nórdicos desde la perspectiva mediterránea-). Durante el Medievo (tras la oficialización del cristianismo con la *Constitución de Tesalónica*, 380), la ecúmene se transformó en la *Cristiandad* (*Res Publica Gentium Christianorum*), y ya en la Alta Modernidad, iniciada con el Renacimiento e inspirada por el humanismo hispánico, al extenderse a América, se transformó en *Occidente* (por su expansión hacia el ocaso). En las *Indias occidentales*, *América hispánica* o *Nueva España*, se implantaron las primeras universidades e imprentas del continente (convirtiéndose en la *república de las letras*): un siglo y medio antes de que comenzara el seminario teológico que la postre sería *Harvard University* y demás

universidades del *Ivy League*. Ahora bien, tras la Baja Modernidad (también conocida como el tránsito a la Contemporaneidad), gracias a la *Ilustración* y sus revoluciones liberal-burguesas (v.g. políticas o de implantación del Nuevo Régimen, económicas o comerciales e industriales, sociales y demográficas de urbanización y alfabetización), poco a poco se abandona el humanismo (pues el hombre deja de ser el epicentro, pasando a serlo el sistema, y organizándose la vida social en torno al trabajo, el dinero, el Estado, etc.). Las élites de poder pretenden la renuncia del humanismo hispánico y su imaginario social a favor de las ideologías nórdicas (nacionalismo y socialismo sobre todo) – téngase en cuenta que el humanismo se basa en el respeto a la diversidad de la humanidad, y su relación con el cristianismo dificulta la realización de la revolución, mientras que la ideología es un sistema cerrado de creencias, fácilmente monopolizable y diseñado para producir el cambio social-. Se pasa así de una *racionalidad pura* (preocupada por el sentido y alcance del conocimiento y sus límites) y *práctica* (acerca de una moral universalizable), a una *racionalidad instrumental* (despreocupada de las Humanidades, para centrarse en las recién llegadas CC.NN. e Ingenierías –pura *ambitio pecuniae*, sin *ambitio dignitatis*). Dado el éxito y beneficio de los antiguos bárbaros (imponiéndose sus imperios, como el británico o prusiano – más el amago constante del francés-, e iniciándose el colonialismo en África y Asia), se autoproclaman neo-civilizados (al lograr que los viejos civilizados rechacen su condición y acepten la de neo-bárbaros: a) los mediterráneos aceptan ser el bloque de cerdos o PIGS (acrónimo de los países mediterráneos, pero con una intencionalidad despectiva clara); b) los latinoamericanos aceptando ser tercermundistas, como si alguna vez hubiesen sido colonias, pese a haber sido pueblos soberanos desde el s. XIX (incluso antes que algunos de los Estados nórdicos).

Paradójicamente, la relación bárbaro-civilizado, siendo clave en Occidente para comprender la lógica de su progreso (quién se ha impuesto a los demás, procurando extender su visión y misión de desarrollo, con su modelo sociocultural de referencia), en cambio, ha quedado relegada por décadas en el análisis social, hasta la globalización (hasta el declinar de los neocivilizados). Y es que, la cuestión de ser considerado bárbaro o civilizado no es baladí (al conferir la autoridad – el conocimiento- y el poder –la fuerza- para transformar la realidad social), pues en pocas generaciones se invirtió la relación, y nos condujo al punto crucial actual. Resulta que, frente a la visión dominante de los *neocivilizados* (los nórdicos y anglosajones), se recupera aquí (como guía posglobalizatoria) parte de los planteamientos de los *viejos civilizados* (los mediterráneos y latinoamericanos – hoy devenidos en *neobárbaros*), por lo que la voz *problema* no se reduce a *conflicto* (como se ha pretendido desde las ideologías anglo-nórdicas), sino que hace referencia a la *preocupación*; y la *crítica*, tampoco es *ataque* o *contestación* (*ídem* ideologías), sino

*indagación en el sentido y alcance del conocimiento disponible.* Y ¿cómo aplicar los planteamientos anteriores al análisis de la realidad social? De manera telegráfica – pues se revisará en diversos momentos y maneras-: hace tiempo que la humanidad se adentró en la globalización, haciéndolo bravamente, incluso de manera algo temeraria e inconsciente, al menos en sus inicios (en los prósperos años 90, con el triunfo ilusorio de *Wall-Street & Hollywood*). Incluso, fue polémica la globalización, no sólo por sus crisis, sino también por su gestión (v.g. la *fábrica global*, *Las Vegas mundiales*). De ahí que, tras décadas de tránsito hacia un nuevo milenio y una emergente civilización diferente (la anhelada SC, posibilitadora del estadio de *civilización tipo I*), con las crisis de un mundo que se deja atrás (dominado por el Estado-nación), y la deriva detectada de deshumanización y asocialización (dada la incertidumbre que se extiende en nuestras sociedades, calificadas de riesgo, líquidas, corrosivas, etc.), urge entonces una visión crítica y guía (reflexionar sobre lo auténtico, para avanzar sobre lo real). Para ello es recomendable el volver a graduarse la vista (en cuanto al paradigma manejado para percibir y gestionar nuestra realidad), además de reconocer el terreno que se pisa (no vaya a ser que sean arenas movedizas, de discursos y velos, y no la tierra firme esperada). Por tanto, ahora que la *posglobalización* o salida de la misma está en ciernes, nos hallamos en un *punto crucial* (de no retorno), lo que requiere de una revisión de las cartografías disponibles, junto con una retirada de velos (inferencias, imposturas y falacias fruto de la combinación del *pensamiento débil* con la *corrección política*, *cientificismo*, *posverdad*, et al.), así como un ejercicio de reflexión crítica de fundamentos: no sólo urge el redescubrir nuestra realidad (social y natural, más la virtual), sino también el paradigma a usar al respecto, con sus estudios correspondientes. En tal sentido, este trabajo ofrece un despertar y revitalización de principios, desde una combinación de enfoques y propuestas (con base en las CC. Económicas y Empresariales, conectadas con el resto de CC.SS. y Humanidades, tal como se acomete desde los Estudios de Gestión Cultural o *Cross-Cultural Management*), pensado todo ello para procurar alumbrar lo mejor posible el mencionado punto en el que moramos, y poder atisbar hacia dónde dirigirse y cómo se alcanza.

Son muchas más las nociones circulares, pero es preferible no fatigar ahora, dejando que se vayan descubriendo a lo largo de la teoría social que se presenta.

### **A dónde vamos: escenario posglobalizador, cambio paradigmático y velos de confusión**

Permítase una reflexión preliminar acerca de cómo se percibe y gestiona nuestra *realidad social* – que no *utopía*-, la cual se halla transitando de una época y su paradigma a otro mundo aún por determinar: ¿será la anhelada SC o sólo del tecno-consumo global? ¿Estaremos evolucionando,

involucionando, o simplemente mutando a no se sabe qué? ¿Se dispone de cartografías sociales de la posglobalización o, al menos, de algún parámetro de toma de decisiones que guíe en el transitar hacia el nuevo mundo? Este estudio pretende acometer un diagnóstico y pronóstico de nuestra voluble realidad social, ofreciendo una terapia desde el humanismo (en especial el hispánico) y sus planteamientos éticos –de modo que se retiren buena parte de los velos-.

Se recuerda que –por si no se ha prestado atención antes-, una de las premisas constantes a lo largo de este trabajo, y de otros previos, va a ser la invitación al cuestionamiento permanente del mundo en el que se vive (v.g. *epojé*, *mayéutica*, *crítica*), por tratarse de un sano ejercicio de humanidad – según los *Clásicos*, sólo los hombres están llamados a tal labor (a diferencia de bestias y dioses, que no requieren de tal: unas por no plantearse nada y otros por saberlo todo; según se desarrolle dicha labor, así se estará más cerca de las bestias o de los dioses)-. Si aún se conserva un mínimo de actitud crítica hacia el mundo, se podrá observar sin dificultad que se habita una época de cambios, cada vez más números y acelerados: ¿por qué? Y ¿por qué quienes deberían ayudar a explicar dichos cambios (los académicos e intelectuales) no cumplen dicha labor? Primeramente, son muchos velos posmodernos de confusión, entre ellos los cientificistas (v.g. reduccionismo cuantitativista), que han de retirarse para recuperar el contacto con la realidad, correspondiendo después un ejercicio de atención al *aggiornamento* o actualización (realista y holística) del estudio del entorno social *glocal* en curso. De la lluvia de cuestiones apuntadas, quizá las que más calen, sean las relativas a cómo opera el poder hoy, lo que conduce a lo *glocal*: al no haber ya barreras planetarias rígidas, gracias a las TIC, y al estar todo interconectado, a modo de red de redes, entonces es posible el desarrollo de una ordenación basada en un pensamiento global de acción local, capaz de integrar procesos e instituciones en los que lo mundial se ha localizado y viceversa. Antes de proceder a estudiar dicho sistema de ordenación (y si tiene parámetros éticos o no, y cómo afecta a los grandes cambios económico-sociales), se ofrecen unos apuntes elementales sobre cómo percibimos la realidad circundante.

La pregunta de arranque – partiendo de las pistas que ofrece el rótulo de este apartado -, ha de ser: ¿qué es un paradigma? Por así decirlo –y mediante una metáfora accesible a cualquiera-, se trata de las *gafas intelectuales* con las que vemos la realidad, lo que implica tener que reconocer de partida que: a) nuestra visión es deficitaria; b) requiere de graduación periódica, por si hubiera variado. Y así es, porque un paradigma sólo resulta válido en tanto en cuanto permita resolver los problemas acaecidos en nuestra realidad, pero si no cumple tal misión, ello significa que su tiempo ha pasado y ha de pensarse en *corregir la graduación de las gafas o hacer unas nuevas, para ver mejor*. Por tanto, partiendo de la presunción de que nuestra percepción y gestión de la realidad social va cambiando, y tal circunstancia modificativa no es mala, sino todo lo contrario –se trata

de una evolución para la mejora de dicha percepción y gestión-, entonces, téngase en cuenta los siguientes factores acaecidos con la globalización: crisis del Estado-nación (desmembramiento de países y auge de minorías nacionales), transferencia de tecnología militar a civil (TIC para telefonía móvil, domótica, etc.), revitalización de organizaciones internacionales (máxime las económicas, v.g. OMC, UE), et al.

Para comprender el significado y alcance del tránsito paradigmático que aquí se plantea, téngase en cuenta el siguiente planteamiento preliminar de circunscripción (relativo a las relaciones entre paradigmas: el que se agota y el nuevo). Sintéticamente, sobre el paradigma en declive – sino caduco ya -, cabe destacarse que sus antecedentes son decimonónicos, remontándose a la eclosión del Estado-nación y el auge de las ideologías (v.g. socialismo, nacionalismo); sus rasgos definitorios son: su formalismo (medios y apariencias tasadas), su estatalismo (se centra en dichos sujetos y se gestiona por los mismos, de ahí su tendencia jerárquica y burocrática), su economicismo (todo está medido y trasladado a un valor y coste), y de racionalidad lógica binaria y técnico-profesional (las decisiones se toman conforme al criterio aliado-enemigo, aunque se disfrazan con argumentarios aparentemente complejos). En cuanto al emergente paradigma global, que viene a sustituir al caduco estatalista, se caracteriza por – al menos, esa es la expectativa, si se aplicara la terapia humanista aquí planteada-: su informalidad (se propician los nuevos cauces, pues vuelven a priorizarse los fines y el fondo – respetándose unos principios-), su civilidad (su motor es la sociedad civil, v.g. ONGs, foros, resultando más comunitario y voluntario en su acción), su humanismo (proporciona los parámetros para la toma de decisiones, que favorece la empatía, entre otras competencias), y su racionalidad es lógico-difusa y simbólica (las conexiones que se producen responden a parámetros propios de la naturaleza humana, trascendiéndose las limitaciones culturales). El paradigma global, arranca en los años 90 con la globalización. Tal cosa es posible gracias al acceso generalizado a las TIC, favoreciéndose así las relaciones entre las personas, por todo el mundo, al margen de los límites fronterizos estatales. Y es que, el emergente paradigma global, responde – o al menos tal habría de ser su vocación si se aplicara la ética humanista postulada en este trabajo - a una serie de principios, como son: *optimización*, que no *maximización* (consistente en sacar toda la ventaja a costa de otros), ni *compensación* (que pretende el mantenimiento de la predominancia a cambio de mínimas concesiones – supone un tipo de dependencia-); *equilibrio*, que no *sostenibilidad* (pues supone un énfasis en la prolongación temporal y no en la equidad esperable), ni ecologicismo (pues habría de primar el medio natural sobre el social, cuando lo que debe haber es una simbiosis entre ambos); *progreso*, cuya inspiración positiva y de confianza –tan presente en la Historia occidental- haga posible alcanzar la SC (en

su estadio de *civilización tipo I*), mediante círculos virtuosos; *armonización*, favorecedora de la pluralidad compatible y tendente a la integración de la humanidad.

Conforme a lo planteado, ¿en qué consiste el tránsito del paradigma estatal al global y cómo afecta a su gestión ética (si la hubiera)? Si el paradigma estatal era *pro sistema, institucionalista y proteccionista*, en cambio, el global es flexible y difuso, teniendo como reto rehumanizar y resocializar el mundo que habitamos: está llamado a ser un paradigma de apertura y encuentro, basado en la cooperación y bienestar generalizado, donde el hombre y su felicidad ocupen un lugar central. No es tanto un *desideratum* – o *wishful thinking*, como se aludiría ahora a la *falacia naturalista*-, sino más bien la confirmación del patrón occidental: Occidente – que significa ocaso, para renacer más vigoroso-, ha progresado de sus crisis (cíclicas), superando sus límites y mejorando su relación con los demás (v.g. de la *ekumene* mediterránea de la Antigüedad, al salto trasatlántico de las *Américas* de la Modernidad). La novedad del momento actual radica en que, gracias a las TIC, puede aspirarse realmente al objetivo de *civilización tipo I*; pues la alternativa es de lo más destructiva, en cualquiera de sus versiones posibles: *entropía* (colapso de lo social) o *armagedón* (conflicto social máximo). Sin embargo, para que la actual sea una crisis de crecimiento, y no civilizatoria, primero hay que reconocer el terreno que se pisa (para asegurarse de que no se avanza hacia arenas movedizas o *la nada*).

Queda pendiente el apuntar una serie de consideraciones preliminares sobre los *velos de confusión* (tal como reza el rótulo de este apartado). Dichos velos, metafóricamente, suponen una telilla interpuesta, que oculta la realidad, dificultando su reconocimiento y gestión. Su tipología es diversa, según su intencionalidad y difusión (v.g. prejuicios e inferencias, imposturas, falacias). También se pueden clasificar según su nivel de elaboración e hibridación (v.g. *leyendas doradas, rosas o negras, género testimonial*), etc. Téngase en cuenta que, con la globalización y sus crisis, se favorece una temporada fértil (la posmodernidad) para este tipo de confusiones, ya que el fin del bloqueo de la Guerra fría y las conexiones de las TIC dan lugar al contacto de las culturas del mundo, incluyéndose sus resabios ideológicos, por lo que a la postre termina brotando un pensamiento débil amorfo: desde la corrección política y el relativismo, junto con el científicísimo, pasando por la memoria histórica y el ecopacifismo, sin olvidar el poscolonialismo y el posmarxismo (v.g. discurso de género, etnicidad), más la posverdad y el posmanierismo, et al. Todo ello no deja de ser un ejercicio estético antisistémico de posicionamiento en contra y sin banderas propias. Se trata de réplicas discursivas efímeras y emotivas de polarización, elaboradas para su consumo en masa, frente a lo cual, se reivindica el regreso del *ethos* frente al *pathos* (la vuelta a lo racional, solidario y público –frente a las modas pulsionales, de fragmentación y exaltación de lo privado, intentando suplantar lo anterior, v.g.

las banderas políticas de conflicto sexual y de género, de laicismo-). Entre los velos menos conocidos, que han ocultado el humanismo hispánico y su ética, se adelantan ahora Sánchez-Bayón (2012 - 13) *adanismo y tabula rasa, buen salvaje y revolucionario, arielistas-calabanistas, bucle melancólico, (des)medida holón*, etc. Todos ellos ponen de manifiesto el gran peligro que supone la renuncia del bagaje cultural común, cuyo vacío es llenado por roles y clichés fijados por terceros, lo que no sólo dificulta la propia comprensión, sino también la relación con los demás y con el medio, con el pasado y con el futuro; el problema de la no-ética o corrupción sistémica atribuida a los actuales iberoamericanos radica en la resolución del problema identitario.

De acuerdo con Sánchez-Bayón (2015, 16, 17) e vulvendo al punto crucial, y aterrizándolo en la globalización y su tránsito posglobalizatorio, el reto en curso está en saber dejar atrás la Modernidad (con su Nuevo régimen y su modelo sociocultural, sintetizado en lo que la Sociología ha llamado la *sociedad moderna occidental* – que no sociedades modernizadas no-occidentales, como ocultan los velos de los Estudios culturales sobrevenidos-), y elegir un camino (a ser posible, conducente a la SC). El problema es que, hasta los EE.UU., pese a ser el autoproclamado adalid de Occidente (tras la II Guerra Mundial) y el último bastión de la Modernidad, finalmente ha sucumbido tras décadas de desgaste, con las *guerras culturales* (1960-80) y el *caballo de Troya* de los Estudios culturales sobrevenidos y sus velos.

## Conclusiones

Se ha procurado condensar aquí los principales males que achacan a la Sociología, ahora que parece acercarse su hora final. Antes de renunciar a su conocimiento de las sociedades modernas occidentales (por supuesta extinción igualmente de las mismas), se ha realizado un ejercicio de revelación y refutación (retirándose velos de confusión extendidos al respecto, v.g. la continuada confusión entre Sociología y socialismo), más validación (al deslindarse de otras áreas de conocimiento, también contagiadas hoy, como son la Antropología y los Estudios culturales – de los cuales, en su modalidad sobrevenida, han procedido buena parte de los velos condenadores de la Sociología-).

Actualmente, tal es el desdibujamiento de la Sociología, que se la define como el estudio de las sociedades humanas (*lato sensu*), de modo que cada cual luego pone el énfasis en aquellos aspectos que desea recalcar: conflicto, intercambio, estructuras, fenómenos, factores, acción, etc. Pues bien, la Sociología, nace como filosofía social, para entender las nuevas sociedades modernas emergentes en Occidente. Más aún, también la Antropología se ha desdibujado, llegando a definirse como el estudio del ser humano de manera integral. Se entenderá entonces que sea urgente y necesaria una revisión de fundamentos, que ahonde en los cimientos. Sirva

como adelanto la siguiente noción clarificadora y deslindadora: en el s. XIX, cuando la Sociología y la Antropología comienzan a balbucear, ambas se diferencian claramente, pues la Sociología sirve para comprendernos los occidentales a nosotros mismos (con todas las transformaciones de nuestras sociedades y modos de vida: el tránsito del campo a la ciudad, de la artesanía a la industria, etc.), mientras que la Antropología se encarga de comprender a los otros pueblos (cuyo encuentro se había intensificado con el colonialismo). Evidentemente, la Sociología ha pasado por múltiples transformaciones de paradigmas y corrientes de pensamiento (v.g. positivismo, estructuralismo, funcionalismo, conductivismo, interaccionismo simbólico, teoría crítica, poscolonialismo –dependencia, liberación, desarrollismo, otredad, etc.-), pero quede claro que: a) se trata de un concepto tridimensional (alude a una realidad histórica de producción socio-cultural, a la vez que a las teorías y formas propuestas para su estudio, así como la literatura científico-académica al respecto); b) no ha existido siempre, sino que responde a unas coordenadas espacio-temporales y materiales (las sociedades occidentales modernas: aquellas abiertas del Nuevo Régimen) –de tal manera cabe delimitar el conocimiento propio y distinto de la Antropología, la Arqueología, la Etnología, etc. Téngase en cuenta que, si las sociedades occidentales modernas dejan de existir, entonces, para el estudio de lo que venga se requerirá de otra ciencia: de ahí la urgencia aquí apuntada de prestar atención a la posglobalización y su punto crucial, por si la teoría social ha de conducir a otra ciencia (quizá CCM o *TecnoEvoLogía*).

En definitiva, si la Sociología desea seguir siendo la disciplina que aclare la realidad social, sus cambios y *modus vivendi* en las sociedades modernas occidentales (si es que estas perviven – pues EE.UU. ha renunciado a su liderazgo y no parece que haya relevo dentro de Occidente, más bien fuera-), urge el recuperar las aportaciones del humanismo. En concreto, aquí se aboga por la recuperación y actualización del humanismo hispánico, que operara para la globalización de su tiempo (el descubrimiento del Nuevo Mundo y el intento de transitar al Nuevo Régimen desde la *ilusión*).

## Referencias

- Sánchez-Bayón, A. (2018). Plan de acción frente al consumismo global de la Nueva Economía: revelaciones sobre economía, empresa y consumo del s. XXI. *Empresa y Humanismo*, 21 (1), p. 69-93.
- Valero-Matas, J.A., Sánchez-Bayón, A. (2018). *Balance de la globalización y teoría social de la posglobalización*. Madrid: Dykinson.

- Sánchez-Bayón, A. (2017). Revelaciones conceptuales y lingüísticas de la posglobalización. *Carthaginensia*, 33 (64), 411-58.
- Sánchez-Bayón, A. (2017). Apuntes para una teoría crítica humanista y su praxis económico-empresarial en la posglobalización. *Rev. Miscelania Comillas*, 75 (147), 305-29.
- Sánchez-Bayón, A., et al (2017). Vindicatio Historia Philosophiae: estudio de caso de los programas culturales estadounidenses. *Bajo Palabra*, 17, 457-76.
- Sánchez-Bayón, A. (2016). *Problemas y retos para alcanzar la sociedad del conocimiento*. Madrid: Delta Publicaciones.
- Sánchez-Bayón, A. (2016). Gobernanza glocal: claves sobre el orden y administración en la globalización. *VV.AA.: La Gobernanza y sus enfoques*, Madrid: Delta Publicaciones, 107-33.
- Sánchez-Bayón, A. (2014). Global System in a Changing Social Reality. *Beijing Law Review*, 5, 196-209.
- Sánchez-Bayón, A. (2013). *Renovación de la Filosofía Social Iberoamericana*, Valencia: Tirant Lo Blanch.
- Sánchez-Bayón, A. (2012). *Humanismo Iberoamericano. Una guía para transitar la globalización*. Guatemala: Cara Parens.
- Sánchez-Bayón, A. (2012). *Filosofía político-jurídica glocal*. Saarbrücken: EAE.
- Sánchez-Bayón, A. (2011) El manifiesto de los odiseos iberoamericanos (tribulaciones intergeneracionales). *VV.AA.: El mundo iberoamericano antes y después de las independencias*, Salamanca: Univ. Pontificia Salamanca, 729-52.
- Sánchez-Bayón, A. (2010). *Estudios de cultura político-jurídica*. Madrid: Delta Publicaciones.
- Sánchez-Bayón, A. (2008-13). *La Modernidad sin prejuicios*. Madrid: Delta Publicaciones.